

XVI.

## XVI. “TRES PREGUNTAS”

(Jn. 21, 3)

---

*Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: “Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?” Le dice él: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.” Le dice Jesús: “Apacienta mis corderos.” Vuelve a decirle por segunda vez: “Simón de Juan, ¿me amas?” Le dice él: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.” Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas.” Le dice por tercera vez: “Simón de Juan, ¿me quieres?” Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: “¿Me quieres?” y le dijo: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.” Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas.” (Jn. 21, 15-17)*

---

**E**n la Biblia, como en los Evangelios, los números no tienen exactamente un sentido matemático, algunos son privilegiados, como el tres, el nueve, el cuarenta, etc. San Juan en este capítulo nos hace vivir la tercera aparición de Jesús resucitado, a sus apóstoles en Galilea. Tercera podría significar aquí, la cumbre, la perfecta. ¿De dónde tal importancia? A primera vista resaltan las tres preguntas hechas a Pedro por Jesús pero se colocan entre varios otros temas. Uno es la pesca milagrosa, un milagro paralelo a la descrita por Lucas (Lc. 5, 4) pero con significado pascual. Está el tema del resucitado quien comparte, con toda naturalidad, entre sus discípulos, el almuerzo sobre la playa y el problema de si el apóstol San Juan no morirá.

En cada uno de estos, el tema gira alrededor del apóstol Pedro. En primer lugar, Pedro y algunos de los apóstoles deciden ir de pesca. Pedro es quien lanza la idea y toma la decisión original: “Voy a pescar.” (Jn. 21, 3) Esta frase no tendría sentido en un tiempo normal; es un pescador y no hace falta que diga que va a pescar. El sentido le deriva del contexto: Soy apóstol, he vivido con el resucitado; a pesar de todo, me entrego a las ocupaciones antiguas lo cual suprime nuestra imagen de la pasividad de los apóstoles frente al fenómeno de Jesús resucitado. Aquí toman acción, se atreven a mezclar lo ordinario de la vida con la visión estupenda de una luz celestial en su vida como la presencia de Jesús desde el día de Pascua. Él vive su vida transformada de “triunfador” de la muerte; ellos deberán configurarse un tipo nuevo de existencia entre lo divino y lo humano.

La frase de Pedro no contiene ninguna invitación. Puede parecer indiferente para los demás. ¿O será para dejarlos enteramente libres? La reacción de los otros seis es unánime: “También nosotros vamos contigo”. Parecen decir indirectamente: Permanezcamos juntos, no queremos romper la unidad de nuestro grupo de “testigos”. Entre la primera frase y la segunda hay un silencio. Quizás un largo silencio. Tuvieron que mirarse unos a otros, consultarse, antes de expresar una opinión. Algo sucede en sus mentes y en sus corazones. ¿Ahora que no está el Maestro, nos volvemos a desbaratar? ¿No somos todos la misma cosa? Quizás Pedro siga pensando en su pecado de negador del Señor, de perjurio y éste le impide asumir su rol anterior de guía.

Él se había permitido criticar al Maestro cuando éste anunció que debería sufrir y ser sacrificado y por eso había recibido una dura reprimenda. Al momento de la prueba, se había demostrado el más cobarde, el que negó conocer a Jesús, más miedoso que María Magdalena. ¿Cómo asumiría ahora un papel de jefe? Sólo una semana antes había estado presente con todo el grupo y las mujeres en las dos primeras apariciones. Pedro, públicamente arrepentido, había gozado de una aparición particular, en la cual Jesús le había demostrado su misericordia y su amor. Esto no era suficiente para sanar la herida que le dolía y le resquemaba el alma, esto hacía que echara al suelo su orgullo. Su posición frente al grupo estaba, sin duda, debilitada. Quizás por esta razón no se había atrevido a lanzar un seguro: “Vamos a pescar” y expuso ese modesto: “Voy a pescar”.

Los otros quisieron hacer sentir su solidaridad inquebrantable y respaldar su liderazgo. Sólo eran siete, (otro número simbólico) pero contaban con los discípulos más antiguos, Juan y Andrés, de la escuela del Bautista; Pedro y Natanael, agregados de inmediato; el hermano de Juan, Tomás y posiblemente el otro, Santiago, el hermano del Señor. Sin duda, el grupo de los más destacados y constantes seguidores de Jesús. Conocían que Él había resucitado, lo habían visto en Jerusalén, pero no sabían ni dónde ni cuándo, lo volverían a ver. Es cierto que el día de Pascua les había enviado un mensaje: “Id a decir, a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis.” (Mc. 16, 7) A las mujeres no les habían creído, pero después de haberlo visto, lo recordaban. En el corazón de todos estaba la esperanza y la interrogante: “¿Cuándo lo veremos?”

La noche fue dura y enervante, más dura porque no todos eran de oficio pescadores. Cada vez que jalaban hacia arriba la red con todo el esfuerzo, sin que hubiera ni un pequeño pescadito, la desilusión se hacía más negra. Al final de la noche, la barca seguía vacía; mientras la dirigían hacia la playa de

Cafarnaúm. Los hombres, de regreso, tiritaban por el aire frío y más por el cansancio y la frustración. La luz de la mañana se filtraba entre una niebla densa que envolvía las rocas costeras. En esta claridad difusa se divisaba la silueta de un hombre envuelto en su manto, como una sombra. La sombra habló: “Muchachos, ¿tenéis pescado?” Era natural que alguien estuviera esperando pescado fresco al amanecer. La respuesta fue muy breve, porque quemaba los labios: “No”, pero la sombra no se quedó quieta. Decididamente deseaba pescados. “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.” (Jn. 21, 6) Seguramente, la sugerencia de un aficionado o, bien, desde la orilla se descubría la ebullición de una flota de peces. Estaban muy cansados. Se miraron a la cara. ¿Hagamos este último intento? Ya hicimos tantos. Pedro sabía que no había peces. Los más inexpertos eran los más optimistas. A veces sucede, que las corrientes lleven los peces hacia las playas.

Aceptaron la sugerencia y tiraron la red al agua. Pedro sintió algo removerse en su interior, ¿una angustia, una vieja herida que volvía a sangrar? En otra ocasión, con la plena luz de la tarde y después de una noche y un día estériles, una voz parecida a esta, le había dicho: “Echad vuestras redes para pescar y con la red se habían llenado dos barcas hasta el borde”. Algo parecido se estaba realizando delante de sus ojos. La echaron, pues, y ya no podían recogerla por la abundancia de peces. Ni tenían la fuerza, ni tenían la gana, de seguir jalando ese peso inmenso que no podían levantar. Estaban como paralizados, viendo los peces revolotear por todas partes, tratando de escaparse de la red y con el riesgo de romper la red en pedazos.

Juan lo vio antes con el corazón que con los ojos. Él y Pedro se miraron. No hay duda. Es Él. Habló primero Juan, antes de que Pedro arriesgara una observación. “El discípulo que Jesús amaba, dice a Pedro: ¡Es el Señor!” (Jn. 21, 7) Juan en su evangelio nunca se nombra a sí mismo más que con esta fórmula: “el discípulo que Jesús amaba.” En este caso, la fórmula le viene muy bien y expresa exactamente lo que quiere decir. “Aquel en el que yo pensaba todo el tiempo.” Nunca se ausentaba de su mente y menos ahora después de la resurrección. Juan había estado sosteniendo la madre de Él bajo la cruz y, ahora que había resucitado, nunca se iba de su corazón, su vida era vida-en-Él. ¿Cómo no lo iba a reconocer a la primera? El resucitado era como impalpable, etéreo; se confundía con el aire y la luz pero su presencia estaba en él, más fuerte y real que nunca. Ya no eran dos, sino uno, en una unidad de amor, de misión y de pensamiento. “Él ha resucitado, ha recobrado su vida, pero se ha llevado la mía. Ya no tengo más vida que la suya.”

Pedro era diferente. Seguía siendo el hombre de los arranques, de los impulsos terrenos, de las realidades concretas. Tenía hacia Jesús un amor de posesión. No podía esperar que nadie se le adelantara. Si no fuera más que para asegurarse de que, de veras, estaba ahí. Ya lo había perdido una vez, en aquella horrible noche del viernes de dolores; hasta llegó a desear que nunca hubiera existido pero, ahora, después del perdón, su deseo de posesión era más fuerte que nunca. Sobre todo, ahora que Él se había manifestado con todo su poder y ese nuevo milagro. También Juan había estado la vez anterior frente al milagro y había ayudado con la otra barca. Por cuanto maravilloso, este no era realmente un nuevo milagro, era la continuación del antiguo. Ambos eran absurdos, desproporcionados, pero cada uno con su sentido preciso.

El primero los arrancó de sus vidas de pescadores para convertirlos en seguidores inseparables del Maestro. Y este, ¿qué significaría? Por cierto Jesús, el resucitado, estaba ahí. Su palabra era más que nunca la verdad del Padre y su poder, el del Hijo glorificado. “Cuando Pedro oyó: es el Señor, se puso el vestido y se lanzó al mar.” Él había pensado lo mismo que Juan. Había reconocido esa orden y sabía lo que ello significaba. Este discurso era para él. La primera vez le había dicho: Apártate de mí que soy pecador. Ahora el Señor, eso, ya lo sabía. El pecado no lo separaba ya de Él. Sólo deseaba entregarse en cuerpo y alma a su servicio. Juan no lo siguió; se quedó con los otros discípulos, conscientes de la acción divina y llenos de temor. Tomás estaba mirando todos estos peces, sacudiendo sus colas plateadas y pensaba: ¿Por qué querrá el Señor tantos? Y vio como se arrastraba la red llena de peces hasta reventar; moviendo la barca por estos largos cien metros hasta la arena. Ellos estaban en la barca y los pescados en la red y todos iban hacia Jesús.

Iban entrando a un mundo nuevo, más allá del mundo, más allá de la magia, del sueño, del sepulcro vacío. Ya no había barca, ni redes, ni peces; un mundo que todavía estaba sin construir. El Señor estaría siempre vigilando, pero viendo desde la orilla, más allá del mar. Por suerte, tenían a Juan, el que sabía todo lo del Maestro y Pedro el jefe, que podía guiar. Todo esto no se podía expresar con palabras. Por esto todos callaban. En alguna parte allí cerca, en una casa de Cafarnaúm, su madre, María y la hermana de su madre, se estaban despertando y cantaban salmos de alabanza. Todo era alegría después de la resurrección. Una alegría desbordante, pero interior y mística. Hasta su recuerdo debería poseer el carácter sagrado de la resurrección.

Era necesario revisar toda su vida; andar por los lugares donde Él había andado. La más entregada e incansable, era la Magdalena. Regresar a Caná donde le

había visto por primera vez y hablar con la familia que había sido favorecida con el vino milagroso. Subir al monte Tabor, por la transfiguración, a recordar la extraña discusión sobre la muerte en Jerusalén, con los dos profetas Elías y Moisés. Regresar a la playa, a las pequeñas bahías estrechas que formaban un anfiteatro natural, donde miles le habían escuchado hablar desde la barca. Visitar a Jairo el encargado de la sinagoga y su esposa, todavía llenos de admiración por Jesús, al ver crecer alegre su niña, que Él había levantado de la muerte. Todo era un himno a la vida. A todos era necesario anunciar que este Jesús había muerto en Jerusalén, pero había resucitado y estaba vivo y acompañaba a sus apóstoles.

Juan, ese muchacho tranquilo e intelectual, junto a la cruz había crecido como un gigante. Al recibir la Virgen María como su madre, había adquirido la más formidable fuente de información. Ahora quería saberlo todo: ¿Qué le había dicho el ángel? ¿Cómo había nacido? ¿Qué parentesco tenía con Juan el Bautista, su primer maestro? ¿Cómo era Jesús a los veinte años? ¿Cómo le había explicado a ella su misión? Y a esta fuente se añadían las palabras que Jesús por tres años había pronunciado delante de las muchedumbres y que había grabado en su mente. En estos días, en Juan nació el futuro evangelista, el teólogo, el conocedor de los misterios del corazón de Jesús, el profeta de la palabra divina comunicada a los hombres.

Los demás apóstoles seguían viendo los peces debatirse debajo de la superficie. Estamos atrapados en la misma red. Pescadores y pescados estamos envueltos en ese indescifrable mundo de Dios. Nunca saldremos de esto. La red puede ser tan grande como el mundo, estaremos en ella hasta la liberación final. Sólo Él se ha liberado. Ahora navega en un mundo nuevo y nos llama hacia sí. También nosotros estaremos tan apretados como estos pescaditos. El mundo no querrá recibirnos. Nos perseguirá. El camino hacia la gloria pasará otra vez por el Calvario. Sabían que Él los esperaba en esa mañana; pero apenas se veía, como si hubiera un vidrio translúcido que los separaba: eran dos diferentes lados de la vida. El mundo se había desdoblado, la vida se había extendido a regiones no imaginadas antes. Tendrían que acostumbrarse a esto, a vivirlo y a predicarlo.

“Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra.” (Jn. 21, 8) Al saltar a tierra saludaron a Jesús. Entre el milagro y el resucitado, lo que ellos veían, más que el hombre que habían conocido, era la presencia misma del Padre. Tuvieron que entrar al agua para llenar los canastos. Allí, el milagro resplandecía en toda su grandeza. No hacían falta comentarios. La primera vez, había sido el despojo de todos

sus ideales e intereses humanos. Esta segunda trazaba un nuevo derrotero a sus actividades, la tarea de testigos del resucitado. La repetición de la pesca milagrosa amarraba el principio con el final de la vida terrena de Jesús. No había saltos o discontinuidades en la empresa, una coherencia perfecta. La primera levantó la bandera del reino: “Os haré pescadores de hombres”. La segunda señalaba un punto final y un nuevo comienzo. La bandera del reino pasaba de la mano de Él a la de Pedro y sus compañeros. El nuevo comienzo era la tarea de los testigos. Por eso, al ver a Jesús, se callaron. Él será quién hable por ellos.

Las sorpresas de la mañana no habían terminado todavía. “Al saltar a tierra, ven que había unas brasas, un pez sobre ellas y pan.” (Jn. 21, 9) Más de dos veces, Jesús había multiplicado panes y pescados. Miles de israelitas se habían saciado. Sus antiguos padres habían comido el maná en el desierto, un alimento caído del cielo. Jesús, en cambio, multiplicaba el pan y el pescado asado, la comida horneada por manos humanas y por las amas de casa y entregada a los muchachos. Su alimento era meramente terreno. Sin embargo, un poder divino le infundía una virtud. La comida modesta, cotidiana, era transformada, elevada como signo de una presencia de vida salvadora. La gente ingenua quería elegirlo rey. No sabían que Él ya reinaba y que su reinado sería eterno. Les tocaba a los testigos llevar a toda la tierra la noticia e incorporar a todos los pueblos a su reinado.

Pero lo que vieron era muy diferente, había preparado Él mismo esta comida. Imposible no captar el signo: Jesús, las brasas y el pescado asado, listo para alimentar. Un sólo pescado con el pan. Ese pescado era Él mismo. Así lo vieron. Doscientos años más tarde, Abercio, en la lápida de su tumba, en Roma, dejará escritas estas palabras: “La fe lo precedía en todas partes y ofrecía de alimento el Pescado, de una fuente suprema e inmaculada, que una Virgen casta pescó.” El epitafio estaba en una calzada romana donde todo viajero lo podía ver, pero escrito en un lenguaje oscuro (criptografía) para que sólo los cristianos lo pudieran entender. Igualmente, el símbolo del pez en las catacumbas. El epitafio continúa: “Y esto se daba a los amigos, para comida perpetua, dando el vino bueno mezclado con el pan” (que evidentemente es la Eucaristía). Esta escena del pescado en el amanecer de Galilea, se graba en el corazón, de los siete y el nuestro. El resucitado ya pertenece al mundo eterno del Padre pero, su deseo de estar entre los suyos, deberá hacer alarde de todo su poder divino para que esta presencia se perpetúe, no sólo come con ellos, sino que se hace alimento para ellos.

El símbolo se hace más evidente cuando Jesús les invita a traer algunos de los pescados de su propia cosecha. “Jesús les dice: traed algunos de los peces que acabáis de pescar.” Entonces se vio la gran cantidad de peces que estaban en la red. Pedro los sacó y los distribuyó en las canastas. Eran ciento cincuenta y tres. ¡Tan fácil! Con una palabra de Él. Habían trabajado una noche entera sin fruto y, Él, con la luz del día, cuando los peces se esconden en el fondo, los reunió para dárselos a ellos, como un anticipo, de otras pescas y otras cosechas. El símbolo se hacía cada vez más evidente: gentes de todos los pueblos, de todo el mundo. La red no se rompió; todos cabrán. Ninguno será despreciado. Esta red se va a ensanchar, cabrían grandes y pequeños y la casa del Padre tendrá mansiones para todos, la barca navegará y las redes no se romperán.

Pedro trajo los primeros pescados y los colocó sobre las brasas. Los otros compañeros veían cómo los pescados se iban asando juntamente con el de Jesús. Sólo entonces vino la invitación. “Jesús les dice: Venid a comer.” Ya no se distinguía lo de Él de lo de ellos. El futuro se abría como una visión delante de sus mentes asombradas. Evangelizar será como aportar nuestros pescados a los preparados por Él. No importará si se haga de día o de noche, en la paz o en la guerra, ahí cerca o en los confines del mundo; siempre habrá pesca abundante y la barca no se hundirá. No era necesario pedir explicaciones. El resucitado los acompañaría en cualquier lugar y tiempo y les diría dónde echar las redes. Se sentían a gusto con Él pero sabían que ya no era uno de ellos. La distancia era como de aquí a la eternidad. Nunca volverá a ser lo mismo. Su alegría estaba mezclada de tristeza, su confianza acompañada de temor. “Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres tú? Ya sabían que era el Señor.” Sabían y no sabían. Sabían que era Él pero no sabían cómo. Ni sabían cómo preguntárselo.

En esta circunstancia era más fácil expresarse con los gestos que con las palabras. “Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da, de igual modo, el pez.” De sus manos van recibiendo su comida. Comieron en silencio. Era necesario disponer la mente y el corazón para convivir con Él. ¿Era todavía uno de nosotros? Su vida pertenecía a la eternidad. Sus palabras estaban grabadas en la mente de cada uno. Era preciso hacer memoria, día tras día, para que su voz volviera a resonar en el tiempo; para que su mensaje se transmitiera a todas las personas que el Padre llamaría a la salvación. Les inquietaba pensar que pronto se iría de su vista, como en la noche de Pascua. Que su presencia, en adelante, se convertiría en ausencia de su presencia. Su cuerpo, al parecer,

seguía siendo el mismo; pero la virtualidad de su presencia pertenecía más a la esfera de los ángeles, que a la materialidad de las rocas. Algo era cierto, delante de los ojos o lejos de ellos, su presencia en el alma ejercía el mismo poder.

Juan intentó cerrar los ojos, mirar en otra dirección. Él estaba siempre frente a uno, su presencia no se podía borrar. Pedro no podía hacer eso. Al cerrar los ojos, lo veía en aquella noche trágica, desconocido, negado, insultado y condenado; mientras que él, su discípulo privilegiado, juraba que nunca lo había visto. Todos comieron pensando en la alegría de estar juntos, en el milagro de su visita. Ya no tenían valor para ellos, los peces ni las barcas, sólo quedaba un valor en este mundo, pero extraño al mundo y que no le pertenecía. Él ha venido por nosotros. Sus ovejas estaban perdidas, desorientadas. Aquí nos ha reunido y Él está en medio de nosotros. No importa qué pueda suceder, nunca volveremos a dispersarnos. Siempre estará Él entre nosotros como el centro, el enlace. Esta luz no se apagará, Él vive para siempre.

Todos tenían la mente llena de preguntas que no podían ser expresadas. Comer era un pretexto para no hablar. Querían morir para saber: ¿A dónde te fuiste? ¿Dónde estás cuando no estás con nosotros? ¿Cómo fue tu encuentro con el Padre? ¿Por qué dejaste a tu madre aquí entre nosotros? ¿Cuándo vas a volver? ¿Qué haremos nosotros sin ti? ¿Cuándo nos vas a llevar contigo? Ahí estaban todos los pescados, recién salidos del agua. Todo el mundo estaba lleno de milagro. ¿Cómo puede uno vivir en la tierra estando dentro del milagro? Había infinitas preguntas y ninguna respuesta. Sin embargo, precisamente para esto había venido Jesús, para dar respuesta a alguna de las preguntas.

Caminaron Jesús y Pedro a lo largo de la orilla, como en los viejos tiempos y de repente, Jesús se dirige a él de un modo muy formal: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?” La pregunta lo agarró de sorpresa; se sintió el hombre más miserable del mundo. ¿Cómo podría compararse con ellos? La pregunta no era un cumplido, implicaba más bien una promesa. Evidentemente no se refería al pasado, sino al futuro. Era como decir: ¿Estás dispuesto a dar tu amor y tu vida, más que cualquiera? No se refería a algún servicio, sino a la intensidad de la entrega, a una transformación total. Se limitó a una tímida afirmación: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.”

Le dice Jesús: “Apacienta mis corderos.” La analogía estaba clara. Para un pueblo de pastores como era Israel, la metáfora era más que transparente. Los corderos eran las almas creyentes, las que se multiplicaban en la fe. Pedro tomó

tiempo para reflexionar. Sabía que, a pesar de la debilidad en su vida, no existía más que Jesús el hijo del Altísimo y la tarea de su reino. Pero el diálogo no había terminado. “Vuelve a decirle por segunda vez: Simón, ¿me amas?” Esta vez la pregunta fue más escueta, absoluta, no dejaba alternativas. Pedro entendió que se refería a la vida y a la muerte. Su fe había sido purificada. Él sabía que con sus propias fuerzas nunca cumpliría esta promesa. Pero sus ojos habían contemplado al crucificado. Sabía que los tribunales no eran su fuerte, pero que podía con la cruz. Había deseado ser degollado juntamente con el cordero. Tenía el modelo delante de su conciencia a cada instante.

Con mucha calma y reflexión contesta: “Le dice al Señor: Tú sabes que te quiero.” Sabe que este señor es Dios, con Él no cabe mentir, ni echarse atrás. Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas.” El panorama se abría delante de Pedro. Levantó los ojos hacia las alturas, los grandes valles estaban poblados de rebaños de cabras y ovejas. La tarea de cuidarlas implicaba toda la energía de los pastores. Pedro pensó en esto, en el encargo que Jesús le confiaba. ¿Podría asumir toda la responsabilidad? No sería lo mismo que aventurarse en el mar por las noches. Era una entrega personalizada; a cada persona un amor particular. El amor debería ser grande como el mundo; su propia vida desaparecería. Sólo existiría la comunidad y la gracia del padre atendiendo a sus ovejas. Pedro pensó que, con esto, la misión que se le confiaba estaba perfectamente definida. Pero Jesús no estaba satisfecho.

Esta tercera pregunta le cayó como un balde de agua fría. “Le dice por tercera vez: Simón, ¿me quieres?” Como si no hubiera escuchado las respuestas anteriores. Pedro sintió que todos sus recursos estaban agotados, que no tenía ya nada que ofrecer. ¿Qué le pedía ahora el Señor? ¿A qué iba esta tercera pregunta? A ninguna tarea en particular. Pedro entendió que se refería a sus propias fuerzas. Comprendió que como había fallado otra vez, podría volver a caer. Nada estaba seguro en el futuro. Vendrían tempestades violentas, huracanes, tornados, persecuciones y no quedaría rastro de su labor. Se sintió desolado, pequeño y frágil. “Se entristeció Pedro que le preguntase por tercera vez: ¿Me quieres?”

Pedro entendió que no le quedaba escape. Todos los caminos humanos estaban cerrados, por ahí no había respuesta. Sólo le quedaba una posibilidad para sobrevivir, confiar en Él. La sabiduría vendría de Él. Y recordó aquella noche de viento en medio del lago, cuando vio a Jesús caminar sobre el agua y quiso hacer lo mismo. Pero se hundió y gritó: ¡Señor, sálvame! Este será su último recurso; abandonarse a Él. Esto era realmente lo último que Jesús quería, ese

abandono y confianza total. Pedro se dio cuenta que el verdadero amor era ese último, un vacío total de sí mismo para que Él extendiera la mano y lo salvara. Con esto, Jesús lo había conducido hasta la total desconfianza en sus propias fuerzas y al total abandono a la sabiduría y el amor de Él.

Y le dijo: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te quiero.” Con esta frase se entregó a la sabiduría infinita de Él. Reconoció la debilidad de sus fuerzas y el carácter divino de la llamada a la difusión del reino. Jesús le explica el sentido de la llamada. “Le dice: Apacienta mis ovejas.” Pedro había entendido exactamente los riesgos y el compromiso personal y lo describe en el presente, con el tono de una profecía, algo muy personal, pero dirigido a cada alma. La mirada de Jesús, va hacia el futuro, abarca toda la vida y los momentos difíciles del sacrificio. Como su propia muerte había sido un holocausto total, a la voluntad del Padre, así deberán ser las vidas de sus seguidores.

Jesús siguió hablando, pero ya no con preguntas, sino como quien describe un paisaje que se despliega frente a su mirada: “En verdad te digo: Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; pero Cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde Tú no quieras.” El evangelista da un primer significado de esta profecía y la refiere a la muerte de Pedro, con el martirio. Y añade la última palabra programática: “Sígueme.” Lo cual se aplica al apostolado y al anuncio de la Buena Nueva y también a la repetición de un modelo. Sígueme con la fidelidad a cada acto de mi vida puesta al servicio total de la palabra. Sígueme en la vida, en la predicación, en la persecución y en la muerte.

“Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios.” En breves palabras, Jesús resumía las etapas de su elevación espiritual. Cuando era joven y aventurero e independiente, hacía planes y descubría la misión en su encuentro con el Maestro pero la vida lo llevaría adelante en la expansión del reino y de la comunidad cristiana. Ya anciano y jefe de la iglesia llevaría el peso de las persecuciones, luchas y herejías, “donde tú no quieres”, pero extenderás las manos, y este es el momento más sublime de la trayectoria, cuando otros te conduzcan. ¿Quién será ese otro? Pedro lo sabe, porque ha alcanzado la cumbre de la Fe y del amor, identificándose con Él.

Además, la verdad que Jesús aquí proclama, tiene una aplicación más general. Es el trazado de una evolución para toda alma que se acerque a Él, por la fe.

También San Pablo, esboza una trayectoria paralela a esta. Cuando analiza el crecimiento espiritual de los fieles, lo aplica a los Corintios en la primera carta. Son todavía niños, inexpertos. “No pude hablarles como a espirituales sino como a carnales, como a niños en Cristo”. (I Co. 3, 1) Su intervención les educa en la espiritualidad. No seáis niños en el juicio, seáis niños en la maldad, pero hombres maduros en el juicio. Liberados así de la inmadurez de la juventud, el hombre imita la transformación de la resurrección. “Se siembra un cuerpo natural y resucita un cuerpo espiritual.” (I Co. 15, 44) “Todos seremos transformados.” (I Co. 15, 51) Nuestro concepto de la vida es nuevo, modelado en Él. De este modo continúa el proceso de incorporación a Cristo hasta la unidad completa con su muerte y sus planes. Cada uno ya no es propietario de sí mismo. “El hombre interior se va renovando de día en día.” (II Co. 4, 16)

La entrega a la verdad comporta la desaparición personal por la necesidad de predicar a Cristo Jesús como Señor. Por esto diría Jesús: “Te llevarán a donde no quieras.” Es la voluntad humana del hombre viejo la que desaparece. La voluntad de Cristo y del Reino es la que se realiza. Por supuesto, se trata de un absurdo si uno no ama. Sólo el amor puede realizar ese milagro. “El que está en Cristo es una nueva creación, ya pasó lo viejo y todo es nuevo.” (II Co. 5, 17) No hay inteligencia terrena que pueda cambiar por sí sola y realizar esta milagrosa transformación. Esta fue planeada por Dios al enviar a su Hijo a los pecadores. Ya renovados somos “embajadores de Cristo, a quien Dios hizo pecado y lo castigó”, por nosotros para que viniéramos a ser justicia de Dios.

Pedro lo ha aceptado y ha alcanzado con ello el más alto grado de identificación pero, el apóstol Pablo nos exhorta a todos nosotros a que sigamos el modelo propuesto a Pedro: “Buscad las cosas de arriba donde está Cristo.” (I Co. 3, 1) No hay pena en desaparecer, como el trigo que muere para multiplicarse. Toda nuestra historia será un desaparecer para que Cristo sea visible en nuestras obras. Esta es “nuestra vida oculta con Cristo en Dios”. En su difícil tarea de evangelización, Pedro no estará solo. Las decisiones las tomará el Espíritu, en lugar de él, ningún otro hombre. Hasta su amigo del alma, el discípulo Juan, quien se había vuelto su compañero inseparable, tomará otra ruta. Al decir: “Sígueme”, Jesús excluye hasta el último apoyo humano. El otro se quedará. Pedro no está autorizado a mirar hacia atrás. “El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es digno de mí.”